

SILVIA CLAVELL



LA CIUDAD DE LOS RECUERDOS 9:

UN GIRO
EN MI HISTORIA

La vida de Samantha Rilley parece ser la de cualquier otra adolescente, aunque todo eso está a punto de cambiar. Al comenzar la preparatoria, conoce a Matt, un chico que parece esconder más de un secreto. Después de un tormentoso comienzo, y una serie de eventos disparatados, los dos terminan por hacerse amigos... Pero, al acercarse su decimosexto cumpleaños, un acontecimiento inesperado pone en peligro la vida de Sam, y obliga a Matt a revelar su verdadera identidad, y el secreto que yace detrás de la muerte de sus padres.

El mundo de Samantha ha dado un giro de 180 grados, y nada es lo que ella creía. El tiempo se agota y la joven tendrá que tomar la decisión más grande de su vida, poniendo en riesgo el destino de toda una nación.

A mis padres, por enseñarme el valor de levantarse temprano todas las mañanas sin despertador (no lo he logrado, pero sí sé que debería) y lo importante de terminar lo que se empieza.

Gracias por devolver mi libro a la biblioteca cuando me quedaba dormida estudiando, por levantarse a las 4am de lunes a lunes para llevarme a la revista en el hospital, por enseñarme a cocinar (y a prender un fósforo), por matar las cucarachas a las 2am, y por estar siempre allí en cada trámite legal que jamás entenderé, cada paro indefinido que amenazó con hacerme renunciar, cada malhumor post-guardia y cada empresa que parecía imposible. Gracias por enseñarme la importancia de seguir mis sueños sin importar cuán difíciles se pusieran las cosas, por llenar mi infancia de cuentos y canciones, por sonreír a pesar del cansancio a la niña que los adoró y aún los adora, y por darme fuerzas para seguir adelante en medio de la tempestad. Sobre todo, gracias por formar parte de mi historia. Siempre serán mis personajes favoritos.

PREPARATORIA DE MANHATTAN. Año escolar 2012-2013

Horario para alumnos de primer año:

ALUMNO/A: Samantha J. Riley**Aly****LUNES:**

8-9:25	Literatura (Profesor Hawkins)	S. 227	
9:30- 10:55	Matemáticas (Profesor Rowney)	S. 134	
11-12:25	Historia (Profesor Krauss)	S. 238	
12:30-2	Física (Profesora Falcom)	S.41	<i>Biología</i>
Almuerzo (2pm)			
2:30-4	Química (Profesor Parker)	S.301	

MARTES:

8-9:25	E. Física (Profesor Brown)	Gimnasio	<i>Física</i>
9:30- 10:55	Francés (Profesor Levefrée)	S.242	
11-12:25	Biología (Profesora Burwell)	S. 184	<i>Latín</i>
12:30-2	Cálculo (Profesor Copper)	S.33	
Almuerzo			
2:30-4	Geografía (Profesora Weespoon)	S. 200	

MIÉRCOLES

8-9:25	Matemática
9:30- 10:55	Química

11-12:25	Latín (Profesora Decker)	S. 120	<i>E. Física</i>
12:30-2	Historia		
Almuerzo			
2:30-4	Física		<i>Biología</i>

JUEVES:

8-9:25	Geografía		
9:30-10:55	Literatura		
11-12:25	Arte (Profesor Johnson)	S. 54	<i>Español (P. Torres). S.205</i>
12:30-2	Cálculo		
Almuerzo			
2:30-4	Teatro (P. Chirilov)	Teatro	<i>Gimnasia (P. Meyer)</i>

VIERNES:

8-9:25	Música (Profesor Looner)	S.140 (salón de música)	
9:30-10:55	Teatro	<i>Gimnasia</i>	
11-12:25	Francés		
12:30-2	Biología		<i>Física</i>
Almuerzo			
2:30-4	Arte		<i>Español</i>

–Matt

Primera parte:

DULCE MENTIRA

Fácilmente aceptamos la realidad, acaso porque intuimos que nada es real.

Jorge Luis Borges.

Capítulo I:

El comienzo:

No recuerdo nada de ese día, ni de los días anteriores a ese.

Nada, salvo una cosa, aunque bien pudo haber sido un sueño. Lo cierto es que he soñado con ello desde que tengo memoria:

Estaba en una habitación amplia y llena de libros. Debía de ser una biblioteca. Por la única ventana se veía el cielo nocturno, repleto de estrellas, y la luz de la luna iluminaba toda la habitación.

Recuerdo el ruido. Gritos que se escuchaban de todos lados; gritos de agonía, gritos de rabia y gritos de desesperación. Y una mujer que me cargaba, recorriendo la estancia nerviosamente.

—¿Dónde está? —se dijo a sí misma sin dejar de caminar.

El paso del tiempo ha borrado su cara, pero jamás olvidaré su voz, ni lo segura que me sentía cuando estaba en sus brazos.

Un niño de cabello castaño entró en la biblioteca, llevaba una linterna de aceite en la mano. Ella se detuvo y lo miró, ansiosa.

—¿Ya está todo listo? —preguntó.

—Sí, como usted lo pidió —fue la respuesta del niño—. Ya es la hora. —Hizo un ademán con la mano para que lo

siguiera, y nos llevó por un pasillo largo y oscuro, solo iluminado por la llamita titilante de la linterna.

No sé cuánto tiempo estuvimos andando en la oscuridad hasta que llegamos al final del pasillo, y entramos en una habitación estrecha e iluminada. Había un objeto metálico muy grande en el centro, y de pie junto a este una pareja, esperándonos.

La mujer que me sujetaba habló apresuradamente, pero no comprendía lo que decía. No entendía nada de lo que estaba ocurriendo. Tanto el hombre como la mujer que la miraban asintieron con la cabeza y, entraron en aquel extraño aparato.

Ella me abrazó, lloraba.

–Cuando todo haya terminado iré a buscarte –su voz era firme, a pesar de estar llorando. Me ayudó a subir y cerró la puerta. Quise llorar también, aunque no sabía por qué.

Un ruido, una luz brillante y después... Silencio.

Eso era todo lo que recordaba de mi pasado.

Capítulo II:

Preparatoria:

Era muy entrada la noche, pero los autos, los faroles y los cientos de anuncios de la avenida garantizaban iluminación permanente e impedían ver las estrellas. Dudo que alguien aquí haya visto alguna vez las estrellas. Al menos, yo no recuerdo haberlas visto nunca.

Esa noche había mucha brisa, y atrás, en el jardín ajeno a todo el urbanismo, el feroz viento embestía con tal fuerza que las plantas parecían a punto de ser arrancadas de raíz. A su paso hacía un sonido parecido al de fantasmas en una película de terror, mezclado con aquello que solo podía describir como un auto de carreras.

Un auto de carreras con fantasmas adentro.

Dormía a ratos, tratando de matar el tiempo hasta que tuviera que levantarme. Cuando el reloj marcó las seis de la mañana, fui incapaz de quedarme acostada por otro segundo más. Decidiendo que ya había descansado lo necesario como para no desmayarme en mitad de la clase, fui a arreglarme para ir a la escuela, tropezando con cuanto cosa existía en mi habitación en el proceso.

Al abrir la puerta del armario, fue como si, de golpe, fuera consciente de lo que me esperaba. Aquello que había tratado de evadir durante todo el verano, pero que sabía que eventualmente llegaría.

Preparatoria.

Tenía la esperanza de que este año fuera diferente, y no el típico martirio de seis horas diarias con almuerzo asqueroso y compañeros semisalvajes incluidos. Era mi primer día, y si la leyenda era cierta, me esperaba un mundo maravilloso, enigmático y atractivo. O eso, o volvería a ser el mismo bicho raro asocial que fui durante los otros quince años de mi vida.

—¡Sammy, a desayunar! —llamó mamá, y con esa pequeña ilusión, bajé las escaleras para reunirme con mi familia.

Éramos ocho en total, aunque las únicas parientes políticas éramos Melinda y yo. Las dos habíamos vivido juntas en la pensión desde el día en que me convertí en su hija, hace ya casi diez años, y la dueña de la pensión, la señora Godsent (que hacía honor a su apellido), nos había aceptado amablemente. Con nosotras vivían la señora Godsent y su esposo, ambos de ojos azules, cabello blanco y expresión amable; Nicholas, su hijo de tez bronceada y ojos tan azules como los de sus padres; el señor Callaway y sus hijas Alice, que tenía mi edad y había heredado la brillante melena pelirroja del señor Callaway, y la pequeña Lucy, rubia y con el rostro lleno de pecas.

Desde pequeña, siempre tuve la sensación de estar rodeada por una gran familia ruidosa y alegre. En cierto modo, lo son, y yo formo parte de ella. Les tengo mucho cariño.

Cuando terminé de desayunar, fui a recoger mis cosas y bajé al recibidor a esperar a Aly, como todos los días desde que podía recordar. Me senté al pie de la escalera, y no pasó mucho tiempo cuando Melinda me encontró y se sentó a mi lado.

—¿Nerviosa? —Preguntó.

—No —respondí, tratando de ignorar los revoltijos de mi estómago. Me dirigió una mirada escéptica mientras sonreía—. Un poco —admití, sonriendo también.

Rio entre dientes, rodeando mis hombros con su brazo.

–No te preocupes, preparatoria no es tan mala como parece –dijo–. Además, tengo el presentimiento de que te irá bien. Te iría bien en cualquier lado.

Todas las madres deben de decir eso, pero aún así, sus palabras aplacaron un poco mis nervios, de manera que si lo hacían era porque funcionaba.

Miré el reloj. Si Aly no se daba prisa llegaríamos tarde, y no quería ganarme problemas en el primer día. Melinda debió de interpretar mi expresión, porque se levantó y se dio la vuelta.

–¡Alice, apresúrate, ya casi son las ocho! –gritó al pasillo del piso de arriba.

–¡Un segundo! –pidió con voz aguda. Poco después bajó las escaleras, con la mochila colgada de los hombros.

–Preparatoria, al fin –dijo Aly animadamente. Me di cuenta de que se había arreglado más de lo usual, y que sus pies se balanceaban en el suelo por la excitación.

–Veo que te esmeraste –bromeé.

–Veo que tú no –dijo ella, señalando el moño improvisado que sujetaba mi cabello con fingida frustración. Luego miró el reloj de la pared–. Pero, ¿qué haces allí parada? ¡Vamos a llegar tarde! ¡Muévete, vamos! –y me sacó casi a empujones por la puerta.

–¡Buena suerte a las dos! –nos deseó Melinda, mientras salíamos a la calle.

El edificio de ladrillos destacaba como un enanito rojo entre dos gigantes de piedra, fuera de tono con la modernidad de Nueva York y, a la vez, encajando perfectamente, como una pieza del rompecabezas enorme que era esa ciudad. Fue encogiéndose hasta desaparecer cuando doblamos una esquina, en nuestro camino a la preparatoria que, Aly juraba y perjuraba, era solo una caminata de cinco minutos.

Me moría de los nervios, y, desde luego, mi mejor amiga estaba muy emocionada como para dar lugar a cualquier otro sentimiento.

–¿Ya tienes algo planeado para tu cumpleaños Sam? –preguntó como si se le acabara de ocurrir, aunque sabía que no era así.

–Falta todavía un mes para eso –respondí.

–¿Y no has planeado nada? No se cumple 16 todos los días –alegó ella, con un escándalo tan fingido como su frustración por mi moño–. Además...

Había previsto eso. La conozco demasiado como para saber cuándo se trae algo entre manos.

–¿Sí?

–Bueno, me preguntaba si... Querías que organizara tu fiesta –me dedicó una enorme sonrisa, como si ya hubiera aceptado.

–Pero no tengo planeado hacer ninguna fiesta –objeté.

–¿Por qué no? –preguntó, frunciendo el ceño–. Tienes que hacer una fiesta, y tienes que dejarme organizarla –puso una cara que pretendía ser de niña inocente y adorable y movió las pestañas–. ¿Sí?

Aunque llamar la atención en cantidad no era en mi opinión la mejor forma de pasar el día, sabía que Alice haría la fiesta de todas formas.

–Supongo que no sería *tan* malo... –pensé en voz alta, y ella me miró, atónita.

–¿Entonces sí puedo? –preguntó sonriendo. Me encogí de hombros.

–Sí –acepté–, pero nada muy exagerado.

Aly parecía incluso más emocionada de lo que había estado hace unos minutos.

–Te va a encantar. Será el mejor día de tu vida.

–Más te vale –reí, arrepintiéndome.

Llegamos a una especie de mansión grande y antigua, de color marrón dorado y muchas ventanas. Frente a nosotras había un anuncio que rezaba «*Preparatoria de Manhattan. Fundada en 1915*».

–¡Mira la hora!

–Habríamos llegado temprano si no hubieras pasado tanto tiempo arreglándote –dije mientras íbamos por el camino de entrada.

–No puedes culparme por tratar de lucir bien en mi primer día –se excusó, y me contuve de poner los ojos en blanco.

Subimos las escaleras y abrimos con cuidado la enorme puerta de madera. El lugar se veía incluso más grande e imponente por dentro, como los castillos de los videojuegos cuando acabas de comenzar el nivel.

Fuimos a la oficina más cercana a preguntar el número de aula, que resultó ser la oficina del subdirector. Él, un hombre bajito, de cabello blanco y con aspecto de enojarse con facilidad, nos entregó los programas, nos dijo que debíamos llegar a clase a las ocho en punto o quedábamos fuera y que solo teníamos cinco minutos para cambiarnos de clase en clase. También mencionó algo más sobre suspensiones, castigos y expulsiones, y algo de una reunión de bienvenida obligatoria, a las dos y treinta, para todos los estudiantes de primer año.

Después de esta «alentadora» bienvenida, las dos salimos a contemplar lo que veríamos durante los próximos cuatro años.

El pasillo en el que estábamos era largo y estrecho, y todas las paredes eran de un color celeste casi blanco que me recordaba un poco a un hospital, las molduras ornamentadas del antiguo diseño del techo aún visibles por debajo de la pintura blanca que lo recubría. Al fondo del pasillo estaba la puerta al gimnasio, y a ambos lados de esta había dos caminos que daban a más pasillos llenos de salones. Nos iba a tomar tiempo llegar temprano a clase en ese laberinto.

–¿Cuál es el aula?

–La 227 –respondió Aly, después de haber revisado el programa.

–¿Alguna idea de hacia dónde es? –Todas las puertas de los salones eran exactamente iguales, y la única forma de leer el pequeño cuadro de madera– con el número en letras doradas –era acercándose a una distancia considerable.

Miró alrededor un momento.

–Debe de ser por allá –dijo, señalando el camino hacia la derecha.

* * *

–Creo no es por aquí –dije, después de que ya habíamos cruzado tres pasillos y no había señal de la puerta.

–Quizás nos la pasamos. Habrá que revisar de nuevo.

Hubiéramos seguido así toda la mañana de no ser porque alguien se acercó a ayudarnos.

–¿Están perdidas? –nos preguntó una mujer delgada, de piel morena y cabello negro, con un vestido holgado de color naranja, y una placa dorada en su pecho que indicaba que su nombre era Elena Ortiz.

–Eso tememos –respondió Alice, y Elena nos sonrió–. ¿Sabe dónde es la 227?

–Es por aquí, y tranquilas, todos se pierden en su primer día. –Nos puso una mano en el hombro a cada una y nos llevó al salón de clase, en el camino totalmente contrario al que Alice había indicado–. Aquí es –dijo, deteniéndose frente a una puerta. El letrero estaba algo torcido, y el número era apenas visible.– Si tienen algún otro problema, mi oficina está al lado de la enfermería.

No tenía la menor idea de dónde quedaba la enfermería. De hecho, estaba segura de que esa no sería la última vez que tendría problemas para encontrar el número del salón.

–Gracias, señora Ortiz.

La aludida negó con la cabeza.

–Pueden llamarme Elena, los apellidos son pura formalidad.

–Elena –corregí, y ella volvió a sonreír.

–¡Suerte, chicas! –dijo y se dio la vuelta, alejándose del pasillo.

Las dos nos miramos, asentimos con la cabeza para darnos confianza y entramos.

El salón no era muy grande, o quizás daba esa idea al estar tan repleto con pupitres y estanterías. Las paredes estaban pintadas de verde, menos la del fondo, que estaba recubierta de papel tapiz dorado con lunares aguamarina. Después de disculparnos con el profesor de literatura por llegar tarde, fuimos a sentarnos en los únicos asientos libres al final de la clase.

Según el rótulo sobre su escritorio, el apellido del profesor era Hawkins. Era un hombre algo bajo, de unos cuarenta años, a quien la calvicie le había formado un círculo en medio de su cabello castaño, como el peinado de un fraile invertido. Tenía bigote, y me recordó al detective de las novelas de *Agatha Christie*.

Mi primera impresión de mis compañeros fue que, al menos a primera vista, parecían normales. Muchos tenían la misma expresión que yo, así que era bueno saber que no era la única. Incluso vi un par igual a Aly, incapaz de mantenerse quietos en sus asientos.

Pero el rostro que más atrajo mi atención fue el de la única persona que no parecía nerviosa ni excitada, sino más bien aburrida. Un muchacho de cabello negro, que estaba sentado en la esquina contraria del salón, con los brazos cruzados tensos en el escritorio y los ojos clavados en el reloj de la pared. Parecía estar desesperado por salir de allí, y eso que la clase ni siquiera había comenzado.

De repente, giró la cabeza en mi dirección.

Avergonzada, clavé los ojos en el pupitre. Él aún seguía mirándome, aunque de reojo no pude reconocer si era por interés o por confusión.